

*Enemigos íntimos: radicalización patronal y sindicación católica en la crisis de la Restauración*¹

Enrique Faes Díaz

Resumen: Los años diez del siglo xx se vieron agitados en España por un clima de convulsión social generalizada a la que el paradigma del patronazgo católico, Claudio López Bru, segundo marqués de Comillas, respondió con una paulatina y obstinada radicalización ante la franca expansión del socialismo, replanteando viejas fórmulas para resolver problemas nuevos. Esa actitud contribuyó a liquidar ciertas formas de organización católica obrera desgajadas del control patronal que a mediados de la década se revelaron como eficaces colectivos de defensa de los intereses de los trabajadores, en un clima de desatado enfrentamiento interno entre ideólogos, propagandistas y sindicalistas católicos.

Palabras clave: catolicismo social, patronal, sindicatos católicos, Restauración.

Abstract: The first decade of the 20th century turned out to be agitated years in Spain due to an atmosphere of generalized social upheaval. The paradigm of Catholic trust, Claudio López Bru, second marquis of Comillas, responded with a gradual and obstinate radicalization to the visible expansion of socialism, raising again old formulas to solve new problems. This attitude helped in dealing with certain Catholic labour organizations that had splitted off from the control of the employers' organization around the middle of that decade. These groups showed their effectiveness defending the workers' interests in an atmosphere of uncontrolled internal confrontation amongst ideologists, propagandists and Catholic trade unionists.

¹ El presente trabajo es fruto de la ayuda y colaboración de la Fundación Caja Madrid.

Key words: social catholicism, employers' organization, catholic trade unions, Restoration

Los años diez estuvieron marcados en España por una sucesión de convulsiones que se abrió de algún modo en 1909 con la Semana Trágica de Barcelona y culminó con la confluencia, en un agitado 1917, de las Juntas de Defensa, la Asamblea de Parlamentarios y la masiva huelga revolucionaria desatada en agosto, que generó la consiguiente represión. Claudio López Bru, segundo marqués de Comillas, pionero del catolicismo social en España y paradigma del patronazgo católico al frente de uno de los mayores grupos de empresas de la época², empezó la década inaugurando en 1911 un multitudinario y polémico Congreso Eucarístico en Madrid y la cerró sufragando y organizando personalmente a miles de ciudadanos levantados en armas contra la revolución *anticristiana*, alentada por un socialismo en franca expansión predispuesto a imponer su vía para la emancipación del obrero. Para colmo de tensiones, el dominico padre Gerard revolucionó la ortodoxia del catolicismo social español al cuestionar, en 1912, la conveniencia de que las agrupaciones de obreros católicos fueran confesionales y vivieran bajo estricto control patronal, y una gran guerra en el extranjero vino a ahondar en la división de unos ciudadanos que optaron entre la germanofilia y la defensa de los aliados, en un enfrentamiento sin balas pero con violentas connotaciones. La historia de este artículo es, pues, la historia de una convulsión generalizada que —adelanto— explica la pragmática radicalización que emprendió un Claudio López Bru horroizado, en fin y junto a todo lo anterior, ante una revolución con todas las letras que a finales de la década sembraba el terror bolchevique en la *desgraciada* Rusia³.

Marruecos estuvo de algún modo en el principio. La entrada de España en El Rif, al norte del país, se encontró con la resistencia

² Para una aproximación hagiográfica a su figura, véanse CASCÓN (1925), BAYLE (1928), NEVARES (1936), REGATILLO (1950), PENSADO (1954), PÁPASOGLI (1984). Una rigurosa investigación económica sobre la gestión del marqués al frente de sus empresas, en RODRIGO (2001). Sendos estudios sobre su singular propuesta de relaciones laborales y su dimensión política, en FAES DÍAZ (2003a) y (2003b).

³ El adjetivo lo pone López Bru en una carta en la que exclama, refiriéndose a la Revolución Rusa: «¡Bendito sea Dios que se ha apiadado de nuestra querida España librándola de tales pruebas!», López Bru a Nevares, 8 de febrero de 1924, AHUPC, C. 90.

de la población autóctona y desembocó, en la última semana de julio de 1909, en violentos incidentes públicos centralizados en Barcelona con los que una parte de la población respondió, en una línea de anticlericalismo incendiario, a la orden que Maura había emitido para que embarcaran miles de reservistas camino del frente africano. El segundo marqués de Comillas, amigo y correligionario del político mallorquín⁴, puso sobre el tapete su estrategia personal: en un extenso informe fechado en 1913, López Bru sugería a Maura otorgarles cierta autonomía a las cabilas magrebíes, que no obstante deberían someterse al rey de España como «Sultán Blanco», y abogaba por crear una Compañía autorizada por Carta, de modo que «la comunidad de intereses» (comerciales) crearía en última instancia una fusión política de hecho⁵. O lo que es lo mismo: Comillas le concedía una importancia capital a lo económico, que debía subyugar en una primera fase a lo político, y mantenía su sentimiento monárquico en el alto lugar que ocupaba el amor a lo alfonsino en su escala de valores.

Ese monarquismo, que venía de muy lejos y a estas alturas ya estaba más que trabado⁶, se personificaba entonces en la bisoña figura de un Alfonso XIII, cuyo reinado estuvo en gran parte marcado por la llamada cuestión religiosa⁷ y cuya vivencia católica distaba mucho de la percepción cristiana íntima que moldeó en gran medida el carácter del marqués. Casado en 1906 con una inglesa anglicana de sangre azul que debió convertirse al catolicismo para la ocasión —Eña de Battenberg—, residente en un palacio cuya capilla solía acoger solemnes actos religiosos a diario, Alfonso XIII fue en efecto católico, pero no de misa diaria, ni mucho menos de una militancia cristiana equiparable a la del segundo marqués de Comillas: se per-

⁴ El marqués figuró entre los primeros partidarios del catolicismo práctico de Antonio Maura. AHUPC, C. 79. Una correspondencia custodiada en el Fondo Antonio Maura e interpretada en RODRIGO (2001, pp. 289-291) y FAES DÍAZ (2003b, pp. 22-28) evidencia la cercanía Comillas-Maura.

⁵ Lo de la servidumbre, en BAYLE y REGATILLO (1956, p. 551); el informe del marqués sobre Marruecos, en FAES DÍAZ (2003b, pp. 27-28).

⁶ El padre de don Claudio, Antonio López, había conectado al clan familiar con la Casa Real. La proximidad del patriarca a la monarquía alfonsina estuvo en el origen de la concesión a Antonio López, por parte de Alfonso XII, del marquesado de Comillas y de la Grandeza de España.

⁷ Véase DE LA CUEVA (1994) y (1999); la formulación clerical de la historia de España, en ÁLVAREZ JUNCO (2001).

mitía bromas anticlericales que escandalizaban a sus cortesanos, y a la altura de 1910 defendía ante el embajador de Francia las reformas «razonables, conformes con las ideas modernas» en materia religiosa, muestra de que el monarca se animaba a combinar su condición de católico con buenas dosis de liberalismo⁸.

La relación de Claudio López Bru con el hijo de Alfonso XII fue benevolente en este último aspecto y se centró en promover y ensalzar el respeto, la autoridad y el prestigio de un rey que, al fin y al cabo, era hijo de un buen amigo de los Comillas y representaba la ordenada monarquía que cabía oponer al desorden revolucionario. En su visión “ultracatólica” de lo estructural y lo coyuntural (Faes Díaz, 2003a), López Bru halló simbólico consuelo y reciprocidad por parte del monarca en los últimos días de junio de 1911, cuando don Alfonso, en pleno auge anticlerical, intervino decididamente en el Congreso Eucarístico Internacional de Madrid. El marqués de Comillas no había escatimado esfuerzos en la preparación de un evento que debería ensalzar la posición dominante de la Iglesia y de su doctrina en una España bajo el gobierno secularizador de José Canalejas: inspiró la Comisión Ejecutiva que organizó el cónclave, prestó ayuda económica —saneada su economía por dos recientes y cuantiosas herencias—⁹, cuidó la imagen de la reunión en publicaciones de la *buena* prensa y, en fin, según don Juan de Borbón, convenció al rey de que el país deseaba la manifestación del Congreso Eucarístico y de que «debía pasar él por encima de los gobernantes»¹⁰.

Alfonso XIII siguió los consejos del marqués. Se presentó por sorpresa en la ceremonia de clausura y al día siguiente, tras sumarse a una solemne procesión en la que Comillas desfiló en traje de gala, auspició en palacio una consagración de España a la Eucaristía, justo en el momento en que las relaciones con el Vaticano se iban a pique ante la redacción de la llamada “Ley del Candado”, que prohibía el establecimiento de nuevas comunidades religiosas mientras no se aprobase una nueva ley de asociaciones¹¹. La situación en el conjunto

⁸ Para un estudio monográfico sobre la dimensión y vivencia católica de Alfonso XIII, véase DE LA CUEVA, en MORENO LUZÓN (2003, pp. 277-306).

⁹ Las de su propia madre y el industrial Manuel Calvo (RODRIGO, 2001, pp. 304-306).

¹⁰ «El Siervo de Dios Claudio López Bru en el Congreso Eucarístico de Madrid», separata de *Sal Terrae*; DE LA CUEVA (2003, pp. 296 ss.); AHUPC, diversos documentos.

¹¹ DE LA CUEVA (2003, pp. 297-298). Este autor subraya que se atribuyó al marqués de Comillas el fracaso de la ley. Véase también REGATILLO (1950, p. 78).

de la península ibérica acababa de empeorarla Portugal, donde un estallido republicano de claro ascendente anticlerical amenazaba, a los ojos del marqués, el catolicismo, el orden social y la propia monarquía en España¹².

El recelo de López Bru no era gratuito. Ya en 1903, Francisco Romero Robledo le había remitido una comunicación en la que le informaba de que Maura había ordenado al gobernador de Madrid reforzar las precauciones ante un posible atentado contra la persona de don Claudio, «por tantos títulos merecedor de la gratitud de los buenos y del todavía más honroso odio de la chusma»¹³. No resulta difícil imaginar la poca estima que debían de sentir los más anticlericales hacia un patrono inmerso en un control exhaustivo de la moralidad del obrero, gran impulsor de la acción social católica, conservador en sus planteamientos y, para colmo, mano derecha de un rey que consagraba España a la Eucaristía y tenía al marqués por santo, hasta el punto de atribuirle actos sobrenaturales¹⁴.

Si se me permite la ironía, en verdad la Iglesia española de la segunda década del xx necesitaba del concurso de santos para calmar en lo posible tanto las tensiones internas de los católicos nacionales, como el enfrentamiento transversal externo contra los partidarios de la secularización del Estado. Como ya he apuntado, en pleno acoso anticlerical, la vía a la sindicación católica abierta expresamente por la *Rerum Novarum* se dividió en dos en torno a 1912, cuando los sociólogos más progresistas del catolicismo social pusieron sobre la mesa la necesidad de promover uniones de obreros desligadas del control patronal e incluso aconfesionales, con el consiguiente rechazo frontal de los más conservadores, el marqués entre ellos. Tal vez en ninguna de las empresas de don Claudio se vivió con más intensidad y más singularidad ese doble enfrentamiento como en la Sociedad Hullera Española, que López Bru había echado a andar en la cuenca asturiana del río Caudal poco después de la muerte de su padre, sobrevenida en 1883.

¹² El 5 de octubre de 1910, Teófilo Braga asumió la presidencia provisional de la recién instaurada República portuguesa, suprimiendo las órdenes y congregaciones religiosas y confiscando sus bienes. La preocupación de don Claudio, en FAES DÍAZ (2003b, p. 31).

¹³ AHUPC, C. 89.

¹⁴ Según don Juan de Borbón, Alfonso XIII gustaba de relatar en público una supuesta bilocación de Comillas. AHUPC, A. 3, C. 3. Reproduzco el relato en FAES DÍAZ (2003a, pp. 94-95).

Una obstinación patronal para un consenso imposible

En primer lugar debo señalar que la empresa asturiana del segundo marqués de Comillas gozó en los años diez de una prosperidad económica propiciada esencialmente por la neutralidad de España en una Gran Guerra que tiró hacia arriba tanto del precio del carbón como de su demanda (Rodrigo, 2001, pp. 301 y 303; Fernández, 1933, pp. 7-8). En lo social y laboral, dice bastante el hecho de que la Hullera acudiera por segunda vez al clérigo asturiano Maximiliano Arboleya para pedirle consejo sobre el mejor modo de promover la asociación entre sus obreros, después de que el Sindicato Minero Asturiano se fundara finalmente en 1910 y sólo dos años más tarde, en plena estrategia de demostración de fuerza, planteara su primera huelga en la empresa de Comillas ante el despido de cinco mineros. Eso ocurrió en el mes de mayo, y tras 18 días de paro la Hullera zanjó el conflicto con la promesa —luego incumplida— de readmitir a los obreros cesados (Shubert, 1984, p. 144). Sólo tres meses después, un alto empleado de la sociedad de López Bru consultó a Arboleya y éste, aún contrariado por su abortada propaganda de 1901, se sinceró por carta ante los directivos de la empresa:

«No creo que se deba dar carácter predominantemente religioso a la Asociación. No se trata de una Cofradía, sino de una Agrupación de obreros para defender sus derechos [...]. Creo que la Agrupación debe estar constituida sólo por obreros [...] sin intervención alguna de los patronos» (Arboleya, 1918, p. 94).

Sin embargo, el segundo marqués de Comillas pensaba exactamente lo contrario, es decir, que la tutela patronal resultaba imprescindible. No es extraño, por ello, que semanas después de recibir el encargo de redactar unos estatutos para la nueva asociación obrera católica de Aller, Arboleya contemplara cómo llegaba a Asturias una primera edición de esos mismos estatutos redactados por el pionero —y jesuita— padre Palau, «con las conocidas tendencias al patronismo, a la mutualidad y a la beneficencia». Convencido de que por esa vía «se iba al fracaso», Arboleya hizo un último llamamiento a los obreros para que entraran a formar parte de la asociación,

antes de caer de nuevo en el olvido de la empresa y de constatar que a los cuadros directivos de la Hullera

«les resultaba duro habérselas con aquel nuevo poder que surgía enfrente, dispuesto a exigir lo que antes, aun siendo de justicia, se pedía como una limosna [...]. En cuanto a la intervención patronal, básteme decir que quienes dirigían la Asociación [...] se hospedaban en la misma casa del Director de las Minas [...]» (Arbolea, 1918, p. 96)¹⁵.

Se puede decir más alto pero no más claro. Mientras el emergente sindicato minero socialista forzaba en septiembre de ese mismo año de 1912 la readmisión de nueve de sus afiliados despedidos por la empresa minera de Comillas, y evidenciaba con ello un creciente poderío, la Hullera Española articulaba una asociación católica de obreros lo más patronal posible y aumentaba, por si acaso, de seis a veinte hombres el cuerpo de guardas jurado (Shubert, 1984, pp. 143-144). Ambas respuestas a la pujanza socialista esbozaban con claridad la posición del segundo marqués de Comillas ante la radicalización de la cuestión social, tal como habría de demostrar tras 1917: control patronal para garantizar la moralidad y el orden y, si hacía falta, resistencia armada a la revolución, pero jamás una claudicación ante el enemigo revolucionario. Por si fuera precisa una ratificación de esa obstinada postura, en noviembre de 1913 el marqués se negó a formar parte de la recién creada Asociación Patronal de Mineros Asturianos, entidad que reconocía al sindicato socialista como interlocutor fundamental de los trabajadores de la hulla, y se situó con ello al margen del resto de empresarios del sector, encastillado en una práctica patronal aislada de su contexto regional y basada, en términos de Arbolea, en la concesión de graciosas mejoras a la asociación católica mientras la organización socialista conquistaba esos beneficios mediante la presión directa al empresariado (Arbolea, 1918, p. 99). Buen ejemplo de cómo gestionó Comillas el enfrentamiento inicial entre sus mineros católicos asociados y los operarios socialistas fue la concesión espontánea de una subida salarial del 5 por 100 en junio de 1916, en el preciso momento en que el Sindicato Minero Asturiano reclamó formalmente a la empresa que ésta le reconociera como entidad negociadora válida. Tras dos semanas de

¹⁵ Véanse también BENAVIDES (1973, p. 44), D. RUIZ (1979, p. 107), SHUBERT (1985, pp. 243-252).

huelga, decretada obviamente por los socialistas, y bajo presión al parecer del gobierno, el marqués se vio obligado a reconocer a su gran enemigo y esa amarga derrota se tradujo en la firma de sendos convenios colectivos con la Asociación Católica de Obreros Mineros, en septiembre, y con el SMA, en diciembre, el segundo de ellos sin alusiones a las prohibiciones de blasfemar y de trabajar en festivos de precepto (Nevares, 1936, pp. 138 ss.). Un elocuente texto escrito desde Gijón por el jesuita Ángel Elorriaga exploraba en las razones de la importante victoria del sindicalismo socialista sobre el *omnipotente* Comillas:

«Lo ocurrido en el coto minero de Ujo es una cosa que no tiene nombre y un paso atrás formidable en la organización católica [...]. Las causas de este fracaso: 1.º Los patronos mineros, los cuales, mal contentos de que el Sr. Marqués de Comillas no estuviera en la Asociación Patronal de mineros de Asturias y que no tuviera los conflictos que ellos, excitaron a sus propios mineros para que iniciasen la campaña [...]. 2.ª causa: Los jefes subalternos de las propias minas de Comillas. Éstos no procedían con la nobleza y justicia que convenía, pues había mucho favoritismo en provecho de algunos paniaguados del personal director, que establecía compadrazgos poco dignos [...] 3.ª La malísima organización que tenían en aquel coto (inspirada, planteada y preconizada por D. Carlos Martín Álvarez); en efecto, allí no había sindicatos puros, ni organización propiamente obrera»¹⁶.

Fue por esos tiempos, de nuevo en palabras de Maximiliano Arboleya, cuando la organización obrera de signo católico resucitó en el coto minero de Aller. A mediados de 1915, según el tenaz canónigo, la asociación sólo mantenía abiertas dos de las diez secciones con las que contaba, y aglutinaba en total apenas a unos cuarenta socios. Por tercera vez, el deán recibía el encargo de promover la sindicación católica, pero en esta ocasión con una novedad sustancial. Los propios mineros le pedían al cura lavianés sólo dos cosas: que incitara a la asociación obrera y, en especial, que subrayara la independencia de los sindicalistas católicos respecto a los directivos de la Hullera¹⁷.

La refundación se hizo efectiva y la nueva orientación de la asociación fue decisiva en todo lo que vino después, que por ahorrar

¹⁶ Elorriaga a Nevares, 20 de junio de 1916. Reproducida en ALDEA *et alii* (1987, p. 142). Esta obra reproduce y cataloga la fecunda correspondencia custodiada en el archivo del propagandista católico Sisinio Nevares. En adelante, omito la cita completa si el documento citado es una carta.

¹⁷ ARBOLEYA (1918, p. 162); véase también RUIZ (1979, p. 107).

cifras y porcentajes intentaré reducir a lo esencial: la tensión que sacudió la espina dorsal de España en el verano de 1917 con una huelga general revolucionaria llegó a las minas de Aller cuando los obreros recién se disponían a salir de otro prolongado y grave conflicto.

Ya en marzo de ese mismo año, el Sindicato Católico justificaba en la carestía de la vida y el *exorbitante* aumento de precios en los artículos de primera necesidad su exigencia a la Hullera de un sensible aumento del 20 por 100 en los jornales. El organismo que formulaba esa petición nada tenía que ver con la primitiva sumisa asociación católica. En el discurso de la revigorizada agremiación, y en una línea abierta ya en el verano de 1916 al plantearle peticiones a Santiago López que éste no encajó nada bien por no haber sido consultado previamente¹⁸, aparecen pruebas evidentes de la evolución hacia postulados desligados del control de la clase patronal, a la que se acusa de ganar fabulosas sumas mientras el obrero, «el que suda, el que trabaja, el que se expone todos los días a perder su vida en las lobregeces de la mina, cobra salarios mezquinos, paupérrimos» en comparación con las ganancias que el empresario se embolsa(ba) «para regodearse y vivir espléndidamente, sin preocuparle el prójimo ni importarle un ardite el que se muera de hambre y de asco»¹⁹. La transformación, sin lugar a dudas, ya se había obrado, y su rumbo corría cada vez más desparejo con aquella entrañable fraternidad obrero-patrono con que el catolicismo social pretendía reedificar la gran familia cristiana a partir de la dulcificación del mundo del trabajo. Es más, parecía quedar bien lejos la rendida gratitud hacia el marqués de Comillas por sus sucesivas concesiones paternas, habida cuenta de que los católicos de Aller declaraban que el único objeto de su lucha era la subida del sueldo, «importándonos un comino todo lo demás», y rechazaban por enésima vez, con terminología más bien propia de la lucha de clases, las acusaciones de amarillistas, «mandadas ha tiempo retirar como mercancía averiada»²⁰.

A esa situación de grave quiebra abierta, la empresa no supo sino responder reforzándose en sus posiciones, acompañando poco

¹⁸ Así lo asegura BENAVIDES (1973, p. 55).

¹⁹ La Asociación Católica de Obreros Mineros a todos los trabajadores de las Minas de Aller, 21 de marzo de 1917. Reproducido en ALDEA *et alii* (1987, pp. 503-505).

²⁰ La Asociación Católica de Obreros Mineros a todos los proletarios que trabajen en las Minas de Aller, 26 de marzo de 1917, en ALDEA *et alii* (1987, pp. 505-508).

después la efectiva concesión de la subida del 20 por 100 reclamada por los católicos de un irreprimible consejo para que los mineros, «sobre los que paternalmente vela[ba]» el consejo de administración, destinaran ese incremento de poder adquisitivo a efectuar ingresos en instituciones de previsión y ahorro²¹. Tal concesión encendió las alarmas del poderío socialista y el dirigente Manuel Llana reaccionó en dos tiempos: primero intentó impedir el abono del aumento de jornal en la Hullera, que deslegitimaba de algún modo las peticiones socialistas y restaba base social al SMA; la segunda respuesta, frustrada la tentativa anterior, se tradujo en una convocatoria de huelga (Arbolea, 1918, pp. 175 ss.) que los católicos secundaron pasivamente hasta el límite de su paciencia: el mismo día que la dirección de las minas de Aller cedió a la presión del SMA y zanjó la huelga a costa de retirar la subida del 20 por 100 —el 11 de junio—, los obreros católicos, indignados, decidieron continuar ellos el paro, que al día siguiente fue total en las explotaciones de Comillas y que aún se prolongó varias horas más, hasta que Llana acudió a piquetes de otras minas «bien provistos de dinamita» para forzar el regreso al trabajo, los católicos se echaron de madrugada a los caminos de acceso a los tajos «también dispuestos a todo» y la empresa, muy alarmada por las cotas que amenazaba alcanzar el enfrentamiento, decretó un cierre patronal que duró diecinueve días hasta que el Instituto de Reformas Sociales envió a Aller al general Marvá para buscar una solución²².

En esa lucha, según Arbolea, se ventilaba nada menos que el porvenir de Asturias en el ámbito del modelo de sindicación, católica o socialista (Arbolea, 1918, p. 187). Y ganó este último. Influidos por la Asociación Patronal, que venía manteniendo un ciclo de relativa paz social gracias a sus concesiones al sindicato socialista, el general enviado por el gobierno de Dato llamó a los mineros de la Hullera a decantarse en referéndum entre la propuesta de los socialistas y lo que propugnaban los católicos²³. No redundaré en ese agitado plebiscito, ya descrito en otros lugares y que derivó en último término

²¹ *La Asociación Católica de Obreros Mineros a todos los compañeros de Aller*, 25 de abril de 1917, en ALDEA *et alii* (1987, pp. 511-515).

²² Otra interpretación en SHUBERT (1984, pp. 146-147).

²³ Véase SHUBERT (1984, p. 147). ARBOLEYA (1918, pp. 190-192); Historia verídica de cuanto ocurrió en los años 1917 y 1918 a los mineros católicos de Aller, en ALDEA *et alii* (1987, pp. 821-825).

en el levantamiento del cierre patronal y el consecuente retorno a la actividad. Baste subrayar al menos dos evidencias: una, que la crispación entre socialistas y católicos del coto de Comillas vivía a esas alturas de 1917 horas álgidas; y, dos, que la refundada Asociación Católica de Aller, desgajada del control patronal y convertida en una verdadera asociación en defensa de los intereses del obrero, exhibía un poderío notorio y no se recataba en esgrimir un discurso ciertamente progresista y moderno en lo social para reclamar una mejora efectiva de las condiciones de vida y trabajo del minero. De fondo, entre bambalinas de esa representación, el descontento de los militares, la disolución en Barcelona de la Asamblea de Parlamentarios y la explosión revolucionaria de agosto de 1917 —fruto del descontento de la clase obrera y bajo aquiescencia de un amplio sector de las clases medias— (Ruiz, 1979, p. 117) habían retratado el país como un polvorín de hastío generalizado frente al desorden gubernamental, político y administrativo²⁴.

Un aroma de otro tiempo: fórmulas viejas, nuevos problemas

En Asturias, la singularidad del paro —seguido masivamente— residió en que la protesta se prolongó a partir del 1 de septiembre dos semanas más que en otros lugares, centrada precisamente en las cuencas mineras del centro de la región²⁵. Obstinadamente, la Sociedad Hullera Española reaccionó a la protesta despidiendo sin recato a sus empleados huelguistas, que debieron de ser muy numerosos a juzgar por la abundante documentación referida sólo a peticiones de readmisión, cursadas por cierto en una hoja tipo correctamente elaborada en imprenta²⁶. Algunos se ganaron el perdón del gerente y primo del marqués, Santiago López, en la mayoría de las ocasiones orientado por el ingeniero director Marcelino Rubiera y, por supuesto, por los párrocos que ejercían la proverbial vigilancia interna a pie de obra. Bastará un caso como ejemplo de que el método y las motivaciones de la Hullera Española en el control del obrero permanecían a finales de los años diez aún idénticos a los

²⁴ La expresión, en CABRERA y DEL REY REGUILLO (2002, p. 187).

²⁵ Véanse RUIZ (1979, pp. 116-121), BARRIO (1988, pp. 176-182), ERICE (1980, pp. 194-199), SHUBERT (1984, pp. 150-153).

²⁶ AHPF, fondo SHE, Estadística, Caja 400.

utilizados tres décadas atrás. Un peón vallisoletano cesado el 13 de agosto —primer día de la huelga general revolucionaria, lo que da una idea de lo fulminante que fue la represión de la empresa—, y para colmo significado en el paro que los socialistas habían promovido en el mes de junio, solicitaba su readmisión en marzo de 1918 aduciendo que su falta al tajo había sido involuntaria. Los tres juicios encargados ex profeso por la empresa fueron demoledores: el jefe de vigilancia afirmaba que el ideal del peón «es muy socialista»; el encargado del tajo donde trabajara denunciaba que «este obrero es de los que se ha significado siempre que había algún movimiento societario»; y, por si quedaran dudas, el párroco de Caborana escribía al ingeniero director que el peón

«no cumple con el Precepto Pascual, que es asiduo lector del semanario *La Aurora Social*, sorprendiéndole yo mismo el domingo 31 del pasado con dicho periódico entre las manos [...] No es de los exaltados, pero sí de los instigadores solapados, contrario al espíritu de la Sociedad [...] A mi juicio no es digno de la gracia que solicita»²⁷.

Como no podía ser de otro modo, la denegación del indulto se formalizó sin demora, el 9 de abril, dentro de un proceso global de vigilancia estrecha al personal que empleaba en lo cotidiano una ficha de color salmón para consignar los méritos y recompensas y una hoja verde en la que figuraban los más comunes castigos y notas desfavorables, entre ellas la mera asistencia a jiras o mítines de inspiración *revolucionaria*.

En cualquier caso, en la Hullera Española existía tras la decisiva fecha de 1917 un desfase importante: mientras que la eclosión social generalizada había modificado sustancialmente tanto el contexto en que trabajaban los mineros y sus organizaciones como su modo cada vez más decidido de plantear reivindicaciones, la empresa se obstinaba en mantener como respuesta el mismo sistema de control ya añejo que, con ayuda sustantiva del clero y de vigilantes seglares, había articulado hacía unos treinta años. Es decir, que a un escenario radicalmente distinto se daba una respuesta obsoleta, que no sugería evolución alguna en los planteamientos últimos de los ideólogos de la compañía. Apenas dos meses después de la huelga general revolucionaria, mientras Arboleya culpaba del advenimiento de la revo-

²⁷ AHPF, fondo SHE, Estadística, Caja 400.

lución a la patronal asturiana por plegarse al socialismo (Arboleya, 1918, pp. 193 ss.), el jesuita Ángel Elorriaga sentenciaba ante Sisinio Nevares:

«El pecado capital de Ujo y de las minas de Aller es que no se ha dado a la sindicación el carácter obrerista; [...] que no se atiende a los verdaderos amantes de la organización católica y se entregan los patronos en brazos de unos cuantos que con halagos los tienen embaucados»²⁸.

Debo interpretar que la persistencia de la Hullera se correspondió con el empeño personal del segundo marqués de Comillas por mostrarse cada vez más inflexible con el que consideraba su bando contrario, radicalizando el conflicto desde presupuestos de autoridad en lugar de explorar lugares comunes a las diversas partes en contienda. De un lado estaban el socialismo y la acechanza revolucionaria en general, que con los sucesos de agosto de 1917 dieron un argumento definitivo a Claudio López Bru para justificar expresamente la defensa armada contra el desorden. El 21 de agosto de ese año, en pleno apogeo de la protesta, Comillas alienta a su lugarteniente Rufino Blanco, director del periódico *El Universo*, a contraponer «a las masas revolucionarias, masas de orden» a través de la formación de agrupaciones de ciudadanos armados²⁹.

Contra la revolución, autoridad a tiros. En los últimos años de la Restauración, el marqués se desveló personalmente por organizar esas cuadrillas prestas a disparar a sus convecinos socialistas, sus reuniones y su protocolo de acción, y fue frecuente su aparición pública en diversos actos de esos grupos de defensa ciudadana. Firme defensor de los somatenes como «testimonio inexcusable de amor a su Religión, a su Patria y a su Rey», don Claudio entendía, cerca ya del ocaso de su vida, que la elocuencia de los hombres de acción supera siempre a la elocuencia de la palabra, y propugnaba abiertamente la misma entronización de los militares en la escena pública que algunos han visto como la peor consecuencia de la triple crisis del diecisiete (Cabrera y Rey Reguillo, 2002, p. 187). Razonaba el marqués:

²⁸ Elorriaga a Nevares, 3 de noviembre de 1917.

²⁹ López Bru a Rufino Blanco, 21 de agosto de 1917, AHUPC, C. 90. Véase FAES DÍAZ (2003b, p. 33). Es imperativa al respecto la lectura de GONZÁLEZ CALLEJA y REY REGUILLO (1995).

«Por algo el somatén buscó en los militares maestros que le enseñaran y mantuvieran en esa disciplina, que es la fuerza y eficacia de toda colectividad civil o militar»³⁰.

La disciplina, que venía vertebrando el pensamiento del segundo marqués de Comillas como profunda sumisión a las jerarquías de la Iglesia y a la persona del rey, estaba también en el trasfondo de un análisis en el que, también hacia 1917, Claudio López Bru defendía el modelo organizativo de la acción social católica española, implantada entonces en 29 diócesis y germen de unas 900 obras sociales de inspiración religiosa. En ese informe, don Claudio ensalza la autoridad de los obispos como «la única dirección que no inspira suspicacias», llama una vez más a la Iglesia a centralizar las organizaciones sociales y reconoce que el atraso del catolicismo social español con respecto a otros países de Europa se debe en primer lugar a las disensiones intestinas entre católicos, diseminados en la defensa de diversas opciones³¹. El bienio que siguió al fin de la Gran Guerra europea fue, de hecho, aún más pródigo que los años precedentes en enfrentamientos internos entre los militantes de la acción social católica, y alumbró nuevas y graves tensiones en Aller, que deben leerse desde el fortalecimiento de la Asociación Católica y de la franca expansión de la afiliación de izquierdas liderada a nivel nacional por las centrales UGT y CNT.

En el coto minero asturiano del segundo marqués de Comillas, la agitación no tuvo tregua desde los primeros días de 1918, cuando los católicos reclamaron a la dirección de la Hullera un aumento en los jornales y esa petición quedó por dos veces sin respuesta. A finales de abril, una delegación de la Asociación Católica viajó a Valladolid para participar en un congreso en el que se constituyó formalmente el Sindicato Católico Obrero de Mineros Españoles a partir de agrupaciones de Asturias, León y Palencia, y con la aspiración declarada de la «independencia de las clases obreras y la reforma de la sociedad dominada por el capitalismo» que, «falto de todo sentido moral, ha sido causa de la desorganización de la sociedad».

³⁰ Discurso de Claudio López Bru, s. f., AHUPC, C. 80. En diciembre de 1918, Comillas tenía «embargada su atención con los planes de la Junta Central para la defensa del orden», ALDEA *et alii* (1987, p. 651); véanse también CASTILLO (1977, pp. 88 ss.), REGATILLO (1950, pp. 48-49).

³¹ Informe a la Jerarquía, AHUPC.

Las dos bases fundamentales de la nueva entidad, la moralidad cristiana y «el más acendrado» patriotismo, resultaban compatibles con la aspiración suprema expresada por los mineros católicos: ser reconocidos como mayores de edad para dirigir su propia cultura y decidir los términos de su régimen laboral (Aldea *et alii*, 1987, pp. 738-752 y 821-825). Esto suponía una de cal y otra de arena hacia los principios inquebrantables de un marqués de Comillas religioso y patriota, pero empeñado en guiar a sus obreros del mismo modo en que un padre educa a sus hijos menores y faltos de juicio³².

Desde esa posición, don Claudio había requerido ya en el mes de marzo al obispo de Oviedo para que prestara su apoyo a Ildefonso Arroyo, propagandista de su confianza que se disponía a dirigir una nueva campaña de sensibilización católica con epicentro en Mieres. La cuestión, para algunos, residía más bien en la pura economía: la región tenía competentísimos, prácticos y dispuestos propagandistas, al menos media docena, pero faltos de un adecuado soporte monetario para actuar en un complejo escenario que les exigía además grandes energías personales³³. Opino que un subproducto de esa situación enrarecida y definida por una tensión creciente y transversal fue el picador Vicente Madera Peña, que resultó elegido secretario del comité directivo del sindicato de mineros católicos gestado en Valladolid y fue célebre por su aseveración de que «aquí en las cuencas mineras se necesitan hombres con cojones, dispuestos a lo que venga». Bravo y austero, defensor acérrimo de la independencia de la agrupación católica de Aller respecto al control patronal de Comillas, y apasionado de la asociación que lideró porque «no creíamos en las organizaciones neutras y como católicos estábamos hartos de los engaños y vejaciones de que éramos objeto en nuestras creencias y en nuestros derechos por los enemigos de la Religión Católica Apostólica Romana, única verdadera», Madera habría de convertirse en un símbolo de la derecha tras su resistencia armada en el monte —la única entre los mineros asturianos— ante la revolución de octubre de 1934³⁴. Bajo su liderazgo, los trabajadores de la Hullera obtuvieron

³² Véanse FAES DÍAZ (2003a) y RODRIGO (2001, pp. 275 ss.).

³³ López Bru a Nevares, 23 y 30 de marzo de 1918, AHUPC, C. 90; Obispo de Oviedo a López Bru, 27 de marzo de 1918; Elorriaga a Nevares, 11 de junio de 1918; Directiva de la Asociación Católica a Nevares, 14 de junio de 1918; CASTILLO (1977, p. 142).

³⁴ OLIVEROS (1935, pp. 201-202); CASTILLO (1977, p. 153); RUIZ (1979, pp. 107-108); ALDEA *et alii* (1987, p. 616); SHUBERT (1984, p. 147, y 1985, pp. 243-245).

de la empresa a lo largo de 1918 dos aumentos salariales, más la entrega del 20 por 100 retroactivo que la Asociación Católica venía reclamando desde que quedara truncado por los sucesos de 1917. *Motu proprio*, la Hullera determinaba además inscribir a todos sus obreros en el Instituto Nacional de Previsión para garantizarles una jubilación de una peseta diaria a partir de los sesenta años de edad³⁵.

Las sucesivas e importantes mejoras rubricadas por la dirección del coto minero de Comillas evidencian que la empresa intentaba combinar, cerca ya de los años veinte, una serie de concesiones inevitables ante la pujanza y autonomía tanto de los socialistas como de los católicos, con el persistente deseo de ir un paso más allá en lo posible y mostrar su generosidad premiando a sus obreros con medidas que no habían solicitado. Pero a ese segundo anhelo se le había pasado ya su tiempo.

Todos contra todos: la percepción del adversario múltiple

El escenario social de la posguerra en España era sustancialmente distinto al panorama de fin de siglo en el que la empresa minera asturiana del marqués de Comillas había comenzado a extraer carbón mediados los años ochenta: el turnismo inherente a la Restauración había pasado a mejor vida, acompañado de las colonias de ultramar; el nuevo frente de Marruecos no había hecho sino minar aún más el respaldo social de un sistema político ya de por sí alejado del cuerpo electoral; el progresivo deterioro del nivel de vida para las clases menos pudientes había alimentado unas ideologías revolucionarias en franca expansión, que se encontraron en el bando opuesto con una obstinación radicalizada; al menos una parte del sindicalismo católico consumó su emancipación del control patronal, y mantuvo a su vez altas cotas de tensión con el adversario socialista; una guerra como antes no se había conocido demostró la debilidad de naciones y monarquías europeas. Y mientras tanto, el segundo marqués de Comillas... impulsaba a Alfonso XIII y al gobierno a reconocer el Reinado Social de Jesucristo «ante España y ante el orbe» en el Cerro de los Ángeles de Madrid, supuesto centro geográfico del país,

³⁵ Un nuevo triunfo, noviembre de 1918. Historia verídica de cuanto ocurrió en los años 1917 y 1918 a los mineros católicos de Aller, en *ALDEA et alii* (1987, pp. 817-820 y 821-825).

donde el 30 de mayo de 1919 se inauguró con solemnidad un monumento al Sagrado Corazón de Jesús, que obsesionaba a don Claudio hasta el punto de visitar con frecuencia las obras en compañía de su esposa y que suponía, según don Juan de Borbón, la meta de las aspiraciones del marqués: España rendida a Dios a través de la piadosa sumisión del rey (Pensado, 1954, p. 26; Regatillo, 1950, pp. 136-138).

Llegó don Claudio vestido de gala, confesándole a uno de sus criados que en verdad estaba exultante de alegría, y presenció con sumo agrado la intervención dedidida de un Alfonso XIII que orillaba su lado liberal para abrazar una tradición católica en apariencia más sólida ante la amenaza candente de la revolución (Regatillo, 1950, p. 137; De la Cueva, 2003, p. 301). Desde el centro de España, conforme a la inscripción del monumento, el corazón de Jesucristo reinaba para todo el país, y lo hacía sólo un mes después de que en el Congreso Nacional de Obreros Católicos celebrado en Madrid se escenificara al fin una ruptura total entre partidarios de sindicatos estrictamente católicos y promotores de una sindicación libre, aireando a los cuatro vientos unas diferencias no de doctrina ni de organización, sino de «pasiones mal disimuladas»³⁶. En la cuarta sesión del Congreso, ya enrarecido por una tensión explícita desde su apertura el día anterior, 21 de abril, los defensores de los sindicatos llamados libres abandonaron a una la asamblea, con gran escándalo, y rehusaron regresar a ella al día siguiente, motivo por el cual el reglamento interno se aprobó sin la presencia de una de las dos facciones en liza, y Claudio López Bru, al ser consultado sobre la espantada, se mostró satisfecho porque desde un primer momento había sido partidario de crear una Confederación Nacional de Sindicatos Católicos de Obreros, «con, sin y aun a pesar de los Libres». Por si el clima de anomalía general no estuviera lo bastante expuesto sobre la mesa, el Congreso Minero Católico que se celebró por esas mismas fechas sacó a la luz una deficiente educación social del gremio y los representantes de los trabajadores se limitaron, según Arroyo, a pedir sin tino³⁷.

Peticiones, en efecto, no faltaron en Aller desde la refundación de la Asociación Católica que lideró con vigor Vicente Madera: por enésima vez, en mayo y junio de 1919, los mineros católicos plantearon

³⁶ Arroyo a Nevares, 30 de abril de 1919.

³⁷ Actas del Primer Congreso Nacional de Sindicatos Católicos, 20-23 de abril de 1919; Arroyo a Nevares, 30 de abril de 1919.

nuevas reivindicaciones a la Hullera Española, solicitudes que la empresa concedió a primeros de julio y que aunaban demandas estrictamente laborales con otras de marcado carácter social, como la construcción de nuevos cuarteles de viviendas. Fue por esos tiempos cuando la agremiación católica tocó techo en el coto minero del segundo marqués de Comillas. A finales de 1919 el Sindicato Católico de Mineros Españoles, creado un año antes y con sede en Moreda, tenía casi 11.000 afiliados, de los cuales una quinta parte —2.262 obreros— estaban en Asturias. Como ha apuntado Shubert, la cifra total viene a equivaler al número de mineros afiliados al sindicato socialista en torno a 1911, pero los católicos no supieron o no pudieron mantener el pulso y poco antes de la muerte de don Claudio, en 1924, la pérdida de afiliados en Aller y Mieres superaba los 400 mineros. Y la decadencia continuó: en vísperas de la revolución de octubre de 1934 sólo quedaban los restos del sindicato católico³⁸.

¿Por qué acabó yéndose a pique una asociación vigorosa de reciente constitución, con al menos un líder carismático —Madera—, tolerada por la empresa, capaz de conseguir mejoras reales para el obrero? El cerco permanente al que la sometieron sus adversarios socialistas, haciendo valer su fuerza ante las diversas autoridades, tuvo algo que ver en ello, a juzgar por el ilustrativo episodio que en abril de 1920 marcó un punto álgido de violencia en la ya larga confrontación entre mineros católicos y militantes del SMA en el coto de Aller. Cuatro cartas escritas el mismo día por Ildefonso Arroyo, el 2 de abril, y una recibida por él en la víspera explican en gran medida el múltiple divorcio entre propagandistas, mineros del Sindicato Católico, patronos e ideólogos que por esas fechas hacía irrespirable la atmósfera social en el coto del marqués.

En primer lugar, los encargados de sembrar la semilla asociativa católica sobre el terreno se mostraban dispuestos a abandonar «mañana mejor que no otro día» ante las penurias logísticas que padecían: José María Garea, propagandista del Secretariado Minero-Ferrovionario destacado en Aller, se encontraba a primeros de abril de 1920 empeñado en 286 pesetas, sin una sola prenda de ropa nueva desde que comenzara su labor en Asturias y, en el paroxismo de la desgracia, explotado por el comité directivo del sindicato, que no parecía valorar demasiado su contribución en condiciones tan penosas. La frase final

³⁸ SHUBERT (1985, pp. 244-245); BENAVIDES (1973, pp. 210, 551 y 557); CASTILLO (1977, pp. 206-207).

del ultimátum que Garea dirigió a Arroyo lo dice todo: «Y nada más, que procuren atenderme en mis justas demandas, pues de lo contrario yo dejaré esto»³⁹.

La respuesta de Ildelfonso Arroyo a vuelta de correo refleja un segundo foco de importancia: los ideólogos de la acción social católica —o al menos una parte de ellos— repudiaban como ajenos los métodos y los aires de autonomía de los católicos de Aller, que acababan de declararse en huelga en demanda de un nuevo aumento de jornales. Visiblemente exasperado, el propagandista deja aflorar su descontento:

«De tal manera me tiene a mí disgustado todo ello que por mi parte nos desligábamos en absoluto de Asturias. Son ya demasiados aires de independencia y es demasiado prescindir del Secretariado, y si tan bien se encuentran solos, que se queden [...] Es también mucho seguir todos los pasos de los socialistas y todos sus métodos. No parece sino que unos y otros se convienen para acelerar la llegada del bolchevismo»⁴⁰.

De modo muy consecuente con su pensamiento, Arroyo reprende acto seguido a la directiva del Sindicato Católico, personificada en Madera y Gaudencio Tomillo, por la convocatoria de un paro que no encuentra justificado, que entre otras cosas obvia que la subida de sueldos estimula los vicios del obrero y ataca sin razón a la Hullera sin entrar a considerar que no es una empresa cualquiera. Ante don Claudio, el contrariado propagandista reconoce la deriva emprendida por los católicos de Aller. Escribe Arroyo:

«Me duele en el alma todo: la desconsideración hacia la Empresa, su criterio tan pobre, su falta de valor para confesar la verdad de las cosas, su desatención con todos, incluso el que sólo tengan al Secretariado y al Consiliario como un Administrador para que les suministre fondos. Ya no sabemos cómo tratarles, ni qué hacer con ellos»⁴¹.

Lo que no sospechaba el propagandista era que pocos días después incluso él resultaría sospechoso de progresismo a los ojos de Claudio López Bru, que respondía con dosis cada vez mayores de intrans-

³⁹ Garea a Arroyo, 1 de abril de 1920.

⁴⁰ Arroyo a Garea, 2 de abril de 1920.

⁴¹ Arroyo a Madera y Tomillo, 2 de abril de 1920; Arroyo a López Bru, 2 de abril de 1920.

sigencia a los ya habituales temblores en los cimientos de la acción católica social española en el mundo del trabajo. El 18 de abril, Ildefonso Arroyo confiesa tras celebrar un breve encuentro con don Claudio en Madrid:

«Salí desastrosamente impresionado de la entrevista con el señor Marqués [...] En la entrevista me dijo ya de pie, que también les hablaba yo (a los obreros) de evolución. Dicho esto, se despidió muy seco y me quedé helado»⁴².

Tercer plano reseñable: el presidente de la Sociedad Hullera Española andaba empeñado en un camino tal hacia la radicalización, que hasta quienes eran sus supuestos hombres de confianza podían ser susceptibles de alguna clase de progresismo inconveniente. Lo cual no ayudaba en absoluto, como tampoco lo hacía la obstinación socialista, a templar los ánimos en un reducido espacio geográfico definido por la tensión. Concedidas una vez más las nuevas demandas que planteaba el Sindicato Católico, a los socialistas no les parecieron convenientes los términos y abogaron por la interrupción del trabajo. En ese sentido, el domingo 11 de abril de 1920 una alocución de Manuel Llaneza derivó en un tiroteo a un grupo de mineros católicos que en primera instancia hirió en una axila al hermano de Vicente Madera, Camilo Madera. Al repeler los católicos la agresión también a tiros —lo que da una idea de lo común que era portar un arma en las minas de Aller—, Camilo recibió un segundo disparo mortal, en tanto que varias parejas de la Guardia Civil, alertadas por las descargas, acudieron al lugar y tomaron parte también en el tiroteo. La lista final de víctimas consignó, según datos oficiales, nueve obreros muertos, seis heridos graves y otros 32 heridos leves, si bien la prensa aumentó esas cifras a doce fallecidos y más de cuarenta heridos⁴³.

En cualquier caso, todos los muertos menos uno eran socialistas, desproporción que el 16 de abril animó al parlamentario Teodomiro Menéndez a tomar la palabra en el Congreso para culpar de los sucesos de Moreda a la «inepta, idiota, inmoral y estúpida» actuación del gobernador civil de Asturias por perseguir sistemáticamente al socialismo, cargando de paso contra Claudio López Bru y contra

⁴² *Arroyo a Nevares*, 18 de abril de 1920.

⁴³ *El Comercio*, 13 de abril de 1920; *El Carbayón*, 13 de abril de 1920; *El Debate*, 13 de abril de 1920.

la Guardia Civil⁴⁴. Por su parte, Vicente Madera dio con sus huesos en la cárcel de Oviedo ante la desatada presión socialista y esa alegoría del catolicismo encarcelado le proporcionó a Comillas una nueva y señalada ocasión para reforzar la propaganda: a finales de agosto, Claudio López encargó estudiar el costo de una tirada de 2.000 ejemplares del informe leído por el abogado defensor de Madera en el juicio oral, lo que viene a demostrar que, pese a las diferencias que don Claudio pudiera sentir hacia un ingrato sindicato católico capaz, cual enemigo íntimo, de promover una huelga en la Hullera, las derivaciones de los sucesos de Moreda no dejaban de ser un argumento útil con tal de seguir alentando una lucha irreductible contra el socialismo⁴⁵.

El segundo marqués de Comillas, pues, respondió al conflicto social generalizado que sacudió España en la década de los diez con una postura paulatinamente más radical que dio nuevos argumentos para la confrontación, avivada a su vez desde el bando revolucionario. Abrió la década consiguiendo la significativa manifestación del rey en el Congreso Eucarístico de Madrid y la cerró satisfecho ante un monarca que de nuevo y con más rotundidad, en el Cerro de los Ángeles, hincaba sus rodillas ante la divinidad y reconocía esta vez sin ambages el reinado social de Jesucristo en el país. A la agudización del problema social, el marqués respondió con un cuerpo de ciudadanos armados bajo declarada inspiración militar. A las graves divisiones intestinas de los católicos en el campo de la organización obrera, don Claudio replicó predicando una intransigencia cada vez más acusada, afirmándose en los postulados menos progresistas del catolicismo social pero sin perder de vista el pragmatismo transversal que caracterizó siempre su dimensión de católico patrono, y que en esos años empleó en buena parte para combatir a un socialismo que amenazaba traer consigo una revolución con todas las letras. En su coto minero asturiano, sumido en una situación de fuertes tensiones sociales de diversos órdenes y orígenes, la sindicación católica dio pruebas de sus posibilidades de prosperar en cuanto se emancipó del control patronal, pero se vio atrapada entre dos frentes: por un lado, destacados ideólogos de la propaganda

⁴⁴ *El Carbayón*, 15 y 17 de abril de 1920; *El Debate*, 22 de abril de 1920.

⁴⁵ El presidio de Madera, en OLIVEROS (1935), pp. 201-202, y en Arroyo a Nevares, 18 de mayo de 1920. La solicitud del marqués, en López Bru a Martín Álvarez, 30 de agosto de 1920, AHUPC, C. 91.

cristiana repudiaban a los mineros católicos asturianos por demasiado combativos e independientes, mientras la propia empresa no debía de saber muy bien a qué atenerse y Comillas censuraba cualquier tentativa de «evolución»; por otro, los dirigentes socialistas se afanaban en estrangular con todo tipo de maniobras la posibilidad de expansión del sindicalismo católico, muy clarividentes en su idea de que del enfrentamiento interno de la Hullera dependía buena parte del futuro del socialismo en Asturias. ¿Cabe por tanto hablar de que el sindicalismo católico fracasó en las cuencas mineras asturianas o resulta más acertado interpretar que «lo fracasaron»?⁴⁶

Bibliografía

- ALDEA, Q., *et alii* (1987): *Iglesia y sociedad en la España del siglo XX. Catolicismo social (1909-1940)*, tt. I y II, Madrid, CSIC.
- ÁLVAREZ JUNCO, J. (2001): *Mater dolorosa: La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus.
- ARBOLEYA, M. (1918): *De la acción social. El caso de Asturias*, Barcelona, Luis Gili ed.
- BARRIO, A. (1988): *Anarquismo y anarcosindicalismo en Asturias, 1890-1936*, Madrid, Siglo XXI de España Editores.
- BAYLE, C. (1928): *El segundo marqués de Comillas: Don Claudio López Brú*, Madrid, Administración de Razón y Fe.
- BAYLE, C., y REGATILLO, E. F. (1956): *Financiero Santo* (inédita).
- BENAVIDES, D. (1973): *El fracaso social del catolicismo español: Arboleya-Martínez, 1870-1951*, Barcelona, Nova Terra.
- CABRERA, M., y DEL REY, F. (2002): *El poder de los empresarios. Política e intereses económicos en la España contemporánea (1875-2000)*, Madrid, Taurus.
- CASCÓN, M. (1925): *Luz sin sombra: el marqués de Comillas*, Comillas.
- CASTILLO, J. J. (1977): *El sindicalismo amarillo en España (aportación al estudio del catolicismo social español)*, Madrid, Edicusa.
- DE LA CUEVA, J. (1994): *Clericales y anticlericales: el conflicto entre confesionalidad y secularización en Cantabria (1875-1923)*, Santander, Universidad de Cantabria.
- (1999): «Cultura y movilización del movimiento católico en la Restauración», en *La cultura española en la Restauración*, Santander, Manuel Suárez Cortina ed.

⁴⁶ Varios autores han empleado el término “fracaso” para titular sus estudios sobre el catolicismo social o la sindicación católica. Por ejemplo, BENAVIDES (1979), SHUBERT (1985). También ARBOLEYA (1918) en algunos de sus capítulos.

- DEL REY, F. (1992): *Propietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la Restauración (1914-1923)*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- DUQUE DE MAURA (1949): *Pequeña historia de una grandeza. El marquesado de Comillas*, Barcelona, José Porter ed.
- El Siervo de Dios Claudio López Bru en el Congreso Eucarístico de Madrid* (folleto), 1961.
- ERICE, F. (1995): «Las repercusiones de la *Rerum Novarum* y el primer catolicismo social: El caso de Asturias», en *El Basilisco*, núm. 18, pp. 65-82.
- (1980): *La burguesía industrial asturiana, 1885-1920*, Gijón, Silverio Cañada.
- FAES DÍAZ, E. (2003a): «Una aproximación a la patronal “ultracatólica” de la Restauración: la propuesta laboral del segundo marqués de Comillas», en *Sociedad y Utopía*, núm. 21, pp. 85-110.
- (2003b): «Poder político y poder económico en la Restauración: una interpretación divina (la singular formulación del segundo marqués de Comillas)», en *Historia y Política*, núm. 9, pp. 9-39.
- FERNÁNDEZ, D. (1933): *La Sociedad Hullera Española y yo. En defensa propia*, Barcelona, imp. M. Berdós.
- GARCÍA, J. L. (1996): *Prácticas paternalistas: un estudio antropológico sobre los mineros asturianos*, Barcelona, Ariel Antropología.
- GONZÁLEZ, E., y DEL REY, F. (1995): *La defensa armada contra la revolución. una historia de las guardias cívicas en la España del siglo XX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- MONTERO, F. (1983): *El primer catolicismo social y la Rerum Novarum en España*, Madrid, CSIC.
- (1997): «El eco de *Rerum Novarum* en España. La primera recepción», en *Rerum Novarum. Écriture, contenu et réception d'une encyclique*, Roma, École Française de Rome, pp. 419-442.
- (2001): «El catolicismo social en España, 1890-1936», en *Sociedad y Utopía*, núm. 17, pp. 115-134.
- MORENO LUZÓN, J. (ed.) (2003): *Alfonso XIII, un político en el trono*, Madrid, Marcial Pons.
- NEVARES, S. (1936): *El patrono ejemplar*, Madrid, Editorial de Razón y Fe.
- OLIVEROS, A. L. (1935): *Asturias en el resurgimiento español*.
- PAPÁSOGLI, G. (1984): *El marqués de Comillas, Don Claudio López Bru*, Madrid, Publicaciones de la Universidad Pontificia de Comillas.
- PENSADO, B. (1954): «El marqués de Comillas», en *Temas Españoles*, núm. 83.
- REGATILLO, E. F. (1950): *Un marqués modelo: el segundo marqués de Comillas*, Santander.
- RODRIGO M. (2001): *Los marqueses de Comillas, 1817-1925. Antonio y Claudio López*, Madrid, Lid.

- (1996): *Antonio López y López, primer marqués de Comillas (1817-1883). Un empresario y sus empresas*, Madrid, Fundación Empresa Pública.
- RODRÍGUEZ, J. J. (2000): *La cultura sindical en Asturias, 1875-1917*, Oviedo, RIDEA.
- RUIZ, D. (1979): *El movimiento obrero en Asturias*, Madrid, Júcar.
- SHUBERT, A. (1984): *Hacia la revolución: orígenes sociales del movimiento obrero en Asturias, 1860-1934*, Barcelona, Crítica.
- (1985): «Entre Arbolea y Comillas. El fracaso del sindicalismo católico en Asturias», en JACKSON, G., *et alii: Octubre 1934. Cincuenta años para la reflexión*, Madrid, Siglo XXI.
- SIERRA, J. (1990): *El obrero soñado: ensayo sobre el paternalismo industrial (Asturias, 1860-1917)*, Madrid, Siglo XXI Editores.
- SUÁREZ CORTINA (1986): *El reformismo en España. Republicanos y reformistas bajo la monarquía de Alfonso XIII*, Madrid, Siglo XXI.
- VARELA ORTEGA, J. (2001): *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración, 1875-1900*, Madrid, Marcial Pons.

Siglas

AHUPC	Archivo Histórico Universidad Pontificia de Comillas. Madrid.
AHPF	Archivo Histórico Pozu Fondón (Hunosa). Langreo (Asturias).
BTG	Biblioteca de Temas Gaditanos. Cádiz.